

Mi aburridísima

AL terminar la guerra, el refugio se quedó vacío. Fue una lástima. Lo habíamos pasado muy bien. Los chicos sobre todo. Me acuerdo todavía del olor de la tierra húmeda y del brillo de las velas en la pared. Cuando sonaban las sirenas, mis padres y yo bajábamos corriendo la escalera, cruzábamos la calle y nos refugiábamos en aquel agujero oscuro que habíamos excavado las gentes del barrio en medio del paseo. Allí nos acurrucábamos unos contra otros mientras caían las bombas sobre la ciudad. Mi abuelo, no. Mi abuelo prefería quedarse en casa metido entre dos colchones.

La guerra era una cosa divertida. Para mí, se entiende. Por ejemplo, lo de no ir al "cole" estaba chupado. Aparte de que, ¿con qué ánimo se podía exigir a un niño que se aprendiera la lista de los reyes godos cuando los obuses de la marina de Franco estallaban en el puerto? Nunca pensé que podían matarme. A los ocho años —esta edad tenía yo entonces en Barcelona— sólo se mueren los otros. Se pasaba un poquito de hambre, claro, pero la aventura, el riesgo y el peligro compensaban. Yo me sentía un héroe de hojalata en una guerra de pim-pam-pum.

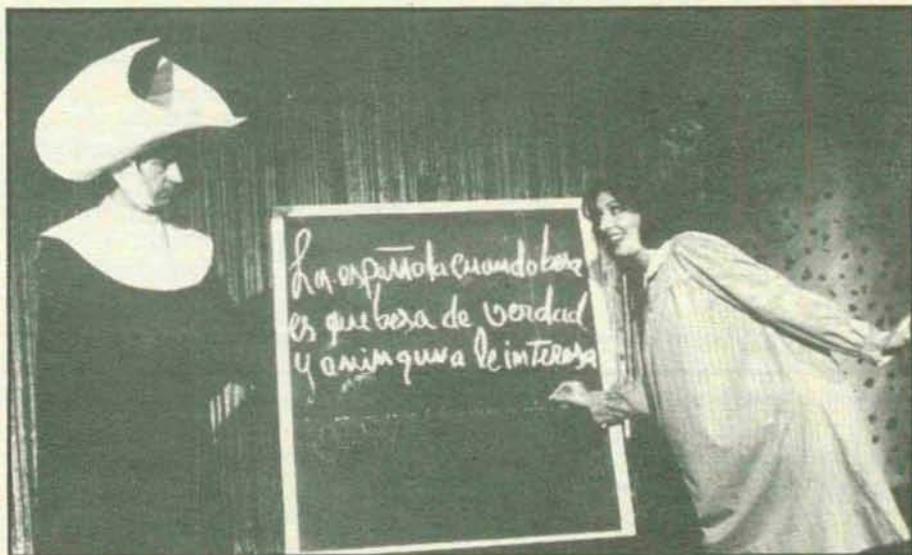
El aburrimiento llegó con los "nacionales". Entraron por la Gran Vía. Y yo los ví. Venían muy contentos y las mujeres los abrazaban muchísimo. Los hombres gritaban vítores y en los balcones —no todos— lucían banderitas. Muy cerca de mi casa, sobre el asfalto, la noche antes seguramente, alguien había arrojado sus libros. Elegí uno al azar: los versos de Machado editados por la Residencia de Estudiantes. Como yo no sabía donde estaba Colliure, un teniente me regaló una tableta de chocolate.

El metro y el refugio no se podían ni comparar. Con el ruido de los trenes no había forma de dormir y el urinario, la verdad, apestaba. Además en el refugio estaba "ella". su padre tenía una tienda de comestibles y Nuria —se llamaba Nuria como todas las niñas que no se llamaban Montserrat— me regalaba a veces rodajas pequeñas de salchichón. No las arreglábamos para sentarnos juntos y, cuando los estallidos de las bombas eran muy fuertes, nos tapábamos las orejas al mismo tiempo y su mano y la mía se tocaban a propósito. En el metro, en cambio, te pisaba mucho la gente al subir a los vagones. Era el veintialgo de enero de 1939 cuando vi desfilar a las tropas desde la boca del metro de la calle Rocafort.

Si yo hubiera sabido que aquel día empezaba la posguerra, a lo mejor me hubiera negado a seguir creciendo. Mi padre —que siempre fue republicano— estaba contento. No se si los libros explicaban bastante estas contradicciones. O si los que los leen pueden comprenderlas sin haberlas pasado antes por la piel. Para

los adultos —y para los niños, aunque no lo supiéramos— la guerra fue un desastre. Y Franco representaba la paz. Era imposible saber la continuación. Ni yo mismo podía suponer que me iba a aburrir tanto.

Los comedores de Auxilio Social eran feos, pero la sopa estaba calentita. Mi infancia fue una sobresaltada peregrinación de las lentejas —"si quieres las tomas y si no las dejas"— a los garbanzos y a las algarrobas. Me hice "flecha" para ver si así, por el camino del Imperio, podía llegar al huevo frito. Mis padres hablaban —con mal disimulada envidia— de mi tía Nieves que cantaba cuplés en un cafetín del Barrio Chino y que tenía una amistad digamos interesada con un mandamás carabinero. Pertencí a la centuria "Roger de Flor" y, de resultas, me dieron un pantalón negro, una camisa azul, una boina colorada y un chusco amoratado. Una vez me llevaron a Mallorca —llovía aquel invierno en el monasterio de Lluch— y otra a la capital. En Madrid sólo había entonces un chiringuito en Recoletos y una barquita verde en El Retiro. El



José Sacristán y Conchita Velasco en una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA ¿Y USTED?", de Adolfo Marsillach.

postguerra

resto se lo estaba inventado González Ruano en ABC.

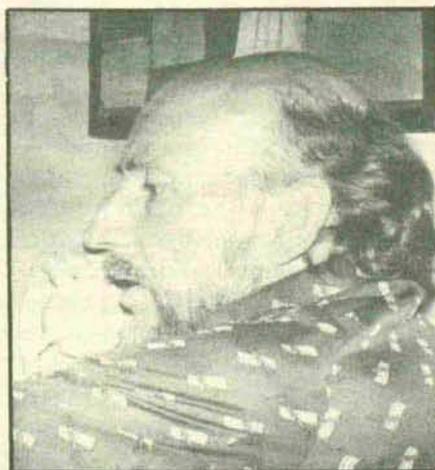
Menos mal que Hitler invadió Polonia y el asunto se animó. En el 36, el hijo de la portera era rojo y yo escuchaba Radio Sevilla; en el 39, yo me hice novio de Winston Churchill y el hijo de la portera, era germanófilo. La vida es así de estúpida. Me acuerdo del Conde Ciano. Apareció por el Paseo de Gracia en un coche descubierto y con el saludo fascista como si le hubiera salido debajo del brazo un golondrino. A su lado Serrano Suñer tenía una punta agridulce de enfermera. El Gobernador Civil de Barcelona era mariquita. Por eso, hacia la mitad del desfile, cuando los buenos mozos del Frente de Juventudes pasaron marciales, con las camisas arremangadas y los pechos al aire, delante de la tribuna de autoridades, al Gobernador los suspiros se le escapaban de su boca de fresa como en una sonatina de Rubén.

Me puse de parte de los aliados porque mi libro de cabecera lo había escrito Dickens y se llamaba "Los papeles póstumos del Club Pickwick", porque un tío mío había estado una vez en París y aseguraba que aquello era la pera y porque en el colegio me obligaron a estudiar alemán. Recuerdo que la profesora —que había nacido en Düsseldorf aunque acabara viviendo en Castelldefels— tenía unas piernas largas a lo Marlene que nos enseñaba generosamente para aliviar —supongo— el tedio de la gramática. Si lo de las piernas resultaba, lo demás era un desastre. Tenía muy mala leche y el día en que se enteró de que Ricardito, el guapo de la clase, había agarrado una purgación en una casa de puterío de la calle Robadors armó la marimorena con svásticas y todo.

Aunque nada parecido a la

que se organizó la mañana en que se produjo el desembarco en Normandía. Tres compañeros y yo —que, además, acabábamos de descubrir a Baudelaire en una librería de viejo que estaba en Aribau casi esquina con Diputación— golpeamos los pupitres en señal de triunfo y la profesora —con las faldas prácticamente a la altura del muslo indoeuropeo— nos expulsó de clase. Fue un error. Al otro día, Francisco Franco declaraba en las primeras páginas de los periódicos que nuestro apareamiento con los exaltados países del Eje nunca había pasado de una relación circunstancial. O sea que a España —como a Ricardito— le habían pegado unas purgaciones de chiripa.

Entre el 39 y el 45 pasaron cosas. Por ejemplo, seis años. Es decir que yo fui cumpliendo doce, trece, catorce, quince, dieciseis y diecisiete sin darme cuenta. Bueno, sin dármele del todo quiero decir. Lo peor fue el principio. Justo en enero del 39, y como glosa de la Noche de Reyes, mi padre había escrito en "La Vanguardia" republicana un artículo dedicado a mi que terminaba con este párrafo: «Hijo, ¡ayúdame a conservar la fe en los hombres y en la grandeza de mi patria!. Si esta oferta de amor te reconcilia con los hombres, me sentiré aliviado en esta terrible angustia de haberte traído a un mundo tan cruel. Porque cuando estallan las bombas y clavas en mi unos ojos agrandados por el terror y el asombro yo no me atrevo a sostener tu mirada. Si tú no perdonases a los hombres de hoy, tampoco yo sabría perdonarlos nunca». Dejando a un lado, por delicadeza, mis sentimientos personales, yo no se si mi padre perdonó a aquellos hombres. Lo que si se —porque lo viví como un hecho objetivo— es que la Victoria le



Adolfo Marsillach

costó —como consecuencia de las líneas que acabo de transcribir— su puesto de periodista. De modo que los mismos que, "al paso alegre de la paz" le saludaban en la Gran Vía fueron los que, un poco después, lo "depuraron". No se entiende. Nada de lo que sucedió entonces se puede entender. Lo malo de nuestra guerra es que sigue siendo incomprensible.

La depuración y el aval se convirtieron en las dos grandes palabras de aquellos días. De un lado estaban los vencedores con sus héroes; del otro, los vencidos con sus muertos. Entre las dos aceras, los supervivientes. Algunos iban al paredón; los menos sospechosos eran depurados. La depuración era una especie de muerte civil interpretada por Santacana. Los avales estaban por las nubes. A un individuo sin aval le podía suceder cualquier desgracia. La gente iba por las calles con los bolsillos llenos de carnés: desde el certificado de buena conducta del cura de la parroquia hasta el salvoconducto para trasladarse a Lérida a echarle un vistazo a la abuela Mercedes que se había vuelto tísica con el plato único. A los indocumentados se les enviaba de una patada en el culo a un campo de concentración. Yo, como es lógico, prefería ir al

cine a ver las películas de Shirley Temple.

Lo jodido era que nunca se pasaban seguiditas. Unas veces porque el fluido electrónico — como se llamaba entonces a la electricidad— se desahogaba por los plomos de los vestíbulos y otras porque, cuando el chico se disponía a besar a la chica, sonaba el Himno Nacional y había que ponerse en pie, el caso es que no había forma de ver un filmlete de cabo a rabo.

Menos mal que estaba Antonio Machín. Si no hubiera sido por él, la posguerra la habrían ganado los rojos, pero la gente canturreaba sus boleros mientras los cupones de las cartillas de racionamiento caían uno a uno en la interminable cola del tabaco. Machín se vino a Madrid a cantar al Generalísimo que “se vive sólo una vez” y Don Francisco le dijo que bueno, pero que él era novio de la muerte y que le fueran dando. La verdad del asunto es que a Franco no le gustaba bailar. A mi tampoco y a la chica con la que yo salía entonces —que se llamaba Angelines y era algo tetuda— mucho menos. Decía que lo mío eran las matemáticas. Se equivocó. Lo mío era Machín.

Angelines quería ser Fabiola y a lo mejor lo consiguió. Quien sabe. Tenía vocación. Cuando le metía mano en las zonas altas —ya he explicado que se desparrramaba un poquito por esas latitudes— se iba corriendo a que la confesara Don Justo, un mosén de la iglesia de San José Oriol. Y es que la cosa sexual no estaba resuelta. Había tres opciones: las putas del Distrito Quinto, las pajilleras del cine Arnau o hacerse un nudo. Lo de Angelines, Fabiola y las poluciones nocturnas no funcionaba, de forma que el primer día que me acosté con una señora creí que me iba a hacer guardia en los luceros con la pata tiesa.

Realmente lo único que se podía hacer en la posguerra, con un mínimo de sentido, era



Adolfo Marsillach y Conchita Velasco en una escena de “YO ME BAJO EN LA PROXIMA ¿Y USTED?”.

pecar. El pecado es un gran invento. Cuando se habla mal de la Iglesia, convendría meditar antes sobre este asunto. Había pecados sexuales y políticos. Los primeros acababan en la blenorragia y los segundos en la cárcel Modelo. A un tío mío lo metieron en chirona por masón y mi padre estuvo a punto de acompañarle porque a alguien se le ocurrió decir que era budista. No era verdad. Lo que pasaba era que mi abuela paterna había sido teósofa y, cuando cayó enferma y se puso malísima, una vecina de la casa se encerraba con ella en su habitación, hablaban de no sé qué y a la pobre se le quitaban los dolores. En los primeros años, después de la Victoria —yo la sigo escribiendo con mayúsculas por así acaso— las gentes se denunciaban unos a otros que daba gusto. El denunciante hacía méritos y el denunciado las pasaba canutas. La falsedad o la certeza de estas delaciones era lo de menos. De repente todo el mundo —o casi— se declaró franquista. La denuncia era una conga interminable en las que se empujaban unos a otros camino de la comisaría.

Yo estaba muy pendiente de un chico de la clase que tenía el padre panadero. Se forró. Allá por el año 45 ya se había comprado un chalet en Masnou. Nunca me invitaron, por supuesto, pero algunas veces me regalaban una barrita de pan blanco. A mi me hacía muchísima ilusión. Mucha más que la que compraba de tarde en tarde a unas mujerucas que las vendían en las Ramblas de la altura de la calle Escudilleras: se las sacaban de debajo de las faldas entre una pequeña lluvia de cartillas de tabaco rubio y paquetitos de azúcar. Eran las grandes parturientas de la abundancia del desarrollo. Hubiera debido pintarlas Pablo Picasso. Al panadero, no. A ese lo retrató un tal Segura. Se hizo rico, aunque ya antes de la guerra tenía un buen pasar. Lo había dicho Franco en Lugo el 21 de agosto de 1942: «Nuestra Cruzada es la única lucha en la que los ricos que fueron en la guerra salieron más ricos».

El aburrimiento... ¿Cómo explicar todo el fastidio, tedio, monotonía, desgana, bostezo y sopor que sentí en aquellos años? Claro que estaban Concha Piquer y los Vieneses y

Alfredo Mayo y Rina Celi y Miguel Ligerero y Manolo Caracol y el Coyote y Roberto Alcázar y Pedrín y el TBO y Zarrapainzo-Gaínza y Lola Flores, pero no eran muy divertidos, la verdad. Lo más grave es que me aburría sin saberlo. Es una lata empezar la vida teniendo como meta la posibilidad más o menos remota de poder comprarte un topolino. O quizás, quizás, un 4-4. El colegio era aburrido, el instituto era aburrido, la Universidad era aburrida y Manolete era aburridísimo. Sólo quedaban los billares, el Anís del Mono, el onanismo y la Legión. Excepto en esto último, en lo demás hice lo que pude. Hasta que un cura me advirtió un día que las carambolas me iban a desrriñonar, el anisete me llevaba seguro al delirium tremens y la masturbación me podía atacar la médula y yo me lo creí. De la Legión, en cambio, habló muy bien, aunque le dije enseguida que lo sentía muchísimo pero que yo, por desgracia, era estrecho de pecho. Para mí que no se lo creyó del todo y que le puso un cirio a San Pancracio para ver si me cambiaba de opinión. Pues ni por esas. Yo prefería seguir tarareando por las esquinas —estupendo y salido— aquello de: *"te he buscado por donde quiera que voy / y no puedo hallar / para qué quiero tus besos / si tus labios no me quieren ya besar"*.

Esta es otra. Desde que a Celia Gamez le dió por cantar la moralina de *"la española cuando besa / besa siempre de verdad / y a ninguna le interesa / besar por frivolidad"*, el asunto se puso difícilísimo. En cuanto a una chica la querías acomodar en las últimas filas de un cine de sesión continua, gritaba como loca por los pasillos que ella era la Carmen de España y no la de Mérimée. De manera que entre "Isabela de Castilla", y "La Infanta Torera", "Catalina de Aragón", "Doña María de Pacheco" y el "Romance a María Cristina" no había quien se llevara al huerto a Aurora

Bautista. Bueno, a lo mejor lo había pero no era yo. La represión sexual de los primeros años del franquismo fue algo que limitaba al norte con Cifesa y al sur con el padre Venancio Marcos. En medio estaba Pedro Escartín.

Existía lo imposible: el extranjero. Ahora, contado así, parece una bobada, pero entonces cruzar la frontera —incluso legalmente— tenía sus riesgos. Unas navidades —creo que fue la primera vez que salí de mi ciudad— tardé en ir desde Barcelona a Bilbao treinta y tres horas aproximadamente. Vamos, como para pensar en acercarse a Estocolmo... Como por lo demás el mito de "las suecas" aún no había llegado a este país, pues uno se lo tomaba con resignación. Todavía faltaba mucho para que Luis Aguilé explicara: *"eres sueca, francesa / o quizás eres de aquí / sólo sé que estás muy bien / sé que el sol español / te ha traído hasta aquí / mírame, no seas así"*. El sol... Torremolinos era un pueblecillo de pescadores que se despertaba en la Carihuela, Mallorca un nocturno de Chopin entre dos ensaimadas y Palomeras un nombre a inventar para que se bañara en su playa Manuel Fraga Iribarne. Nadie hubiera apostado un duro por José Banús.

En el extranjero estaban Sartre, Camus, Juliette Greco y los existencialistas. También esta Gilda, pero pillaba más lejos. Cuando leí "La Náusea" supuse que había descubierto el mundo y cuando interpreté un pequeño papel en "A puerta cerrada" supe que era mucho más apasionante que la primera comunión. Me dió por la literatura para no aburrirme tanto. La lectura —una cierta lectura, por supuesto— era una forma de trasgredir las reglas. En este sentido, los censores se portaron. Entre el índice eclesiástico, la calificación moral de los espectáculos que publicaban los periódicos y las tijeras administrativas, las tentaciones eran

múltiples. "Yo seré la tentación", cantaba Arias Salgado asomado a las ventanas del Ministerio de Información y Turismo. Luego, José Antonio Girón pasaba el patillo.

Estudié Derecho porque en el Examen de Estado me preguntaron qué idioma se habla en Chile, no lo supe y me aprobaron. En agradecimiento decidí apuntarme a Leyes. De lo que más me acuerdo —al margen de lo mucho que me suspendieron en Procesal— es de una mañana en que los estudiantes decidimos hacer una especie de huelga. Aclaro lo de "especie" porque una huelga-huelga era impensable. Nada en aquellos tiempos era como se supone que debería ser: el jabón era una especie de jabón, el aceite una especie de aceite y la chuleta una especie de chuleta. El café, encima, era achicoria. Yo también era una especie de mi mismo.

La especie de huelga consistió en parar la circulación de los tranvías en la Plaza de la Universidad. La gente se sorprendió muchísimo porque lo normal en Barcelona era que la circulación la parase Carmen de Lirio. De Carmen —*"en la noche de bodas / que haya en tu cama / colcha de seda / colcha de seda"*— se rumoreaba que tenía amores con el Gobernador Civil. No sé. Puede que fuera para compensar lo de aquel Gobernador que perdía las condecoraciones y lo otro detrás de las flechas y pelayos. El caso es que los tranvías se detuvieron media hora aproximadamente y que a nosotros la policía nos dió la manta de palos. Lo curioso es que no recuerdo el motivo: ni de los palos, ni de los tranvías, ni de la huelga. No creo que fuera por una razón política. La Universidad que yo viví estaba absolutamente dominada por el SEU. Los disturbios estudiantiles en serio fueron una modernidad que llegó después cuando yo ya hacía oposiciones para cabecera de cartel en los teatros.

La divisa era: Patria, Justicia

y Pan. No estaba mal traído. Las pegas venían del gasógeno. Claro que luego llegó el biscuter y pareció que todo en este país iba a marchar más rápido. Mientras lo de la Patria, el Pan y la Justicia se ponía en funcionamiento los españoles soñaban con tener un teléfono blanco. Lo habían visto en las películas italianas, cuando Amadeo Nazzari llamaba a Assia Noris y Vittorio de Sica le compraba rosas rojas a Alida Valli. En casa no había teléfono. Ni siquiera negro. De cuando en cuando mi madre me mandaba a la farmacia de la esquina a telefonar al primo Vicente que tenía un enchufe en Abastos y que en lo de ayudar a la familia se hacía el "longuis". El farmacéutico sufría del estómago y se pasaba las horas muertas dándole al bicarbonato Torres Muñoz del que se supone le harían algún descuento. Durante la guerra, como no tuvo forma de guardar régimen, mejoró bastante, pero después, en cuanto las cosas se normalizaron más o menos y ya no comía lo que teóricamente le debía sentar fatal, se puso otra vez malísimo. Se llamaba Don Antonio y guardaba el teléfono en una caja de Cerebrino Mandri. Lo malo era que se veía cable. Cuando me veía entrar, disimulaba y escondía la caja del Cerebrino debajo del mostrador. Entonces yo le pedía una botella de Agua de Carabaña y, cuando se marchaba a buscarla, tiraba del cable para que el teléfono no rodara por el suelo hasta llegar a mis manos. En el primer momento en que Don Antonio volvía con la Carabaña, yo le explicaba que estaba llamando a la policía porque mi tía Consuelo había visto a un rojo saltando por los tejados. El primo Vicente —que estaba al otro lado del hilo telefónico— se daba por enterado, con esta contraseña, de que o nos enviaba un saquito de materias primas o la familia iba a cascar el día menos pensado. Mientras, todos los teléfonos blancos de Roma pasaban por

las guapísimas señoritas del 09. Era otra forma de vivir "pericolosamente".

Los primeros síntomas de prosperidad llegaron con los guateques. Yo iba bastante a unos que organizaba una chica de mi Academia que se quería casar conmigo. Yo me dejaba querer porque su familia tenía dinero y su madre preparaba unos bocadillos de pan y tomate con jamón impresionantes. Aún no estaban de moda los canapés: ese fue un invento posterior, de cuando los planes de desarrollo, el Opus y el museo de bebidas de Perico Chicote. Se llamaba Montserrat —como todas las niñas de entonces que no se llamaban Nuria— y vivía lejísimo, al pie del Tibidabo allá donde Jacinto Verdaguer dió las tres voces. Nunca me comprometí demasiado. Lo único que tenía que hacer —a cambio de los bocadillos y la cerveza— era cogerla de la mano un ratito en el jardín y después marcarme un lento a los acordes de la guitarra de Bonet de San Pedro cuando éste se arrancaba con aquello de "*mira que eres linda / que bonita eres*" y todo el festival. Con Glenn Miller descansaba. "En forma", por ejemplo, lo acostumbraba a bailar Montserrat con un chico muy alto y con gafas que se movía un rato bien. Se acabaron casando, tuvieron tres niños, él dirige un Banco en Barcelona y sólo van al teatro cuando estrena Antonio Gala.

Yo me seguía aburriendo. Y eso que llegó de repente el technicolor. Fue como saber que se podía soñar en colores. Y que en el sueño había una enorme piscina para que Esther hiciera el salto del ángel. Entre el technicolor y las sulfamidas todos los milagros parecían posibles. Hasta que Xavier Cugat le tocara una samba a Carmen Miranda y Mario Cabré descubriera, al destapar la caja de Pandora, que estaba llena de productos sulfamídicos para curarle los catarros a Ava Gardner. El turismo corrió a

oler los fetiches cinematográficos de la Costa Brava y la Guardia Civil preparó sus fusiles para disparar sobre los primeros bikinis. En San Sebastián ponían multas a los caballeros que no usaban trajes de baños completos y a las señoras que, al salir del agua, no se tapaban inmediatamente con albornoz. Y, claro, luego pasaba lo que pasaba: el día que Jorge Negrete llegó a Madrid, las admiradoras le arrancaron los botones de la bragueta por la calle de Alcalá. Un cronista de la época escribió que eso debió de ser porque se les habían subido las sulfamidas a la cabeza, pero no se yo.

Los actores de la posguerra se sentaban muy bien. Adelantaban un poquito la pierna derecha al tiempo que retrasaban la izquierda hasta formar con los talones de los pies casi un ángulo recto procurando mantener el busto erguido en el respaldo del asiento a la vez que dejaban caer elegantemente las manos sobre los muslos, que no me acuerdo ahora si estaba permitido que se llamaran así. No era fácil. Se necesitaba mucha práctica y, generalmente, venir además de una familia de cómicos. Una vez sentados decían sobre todo textos de Adolfo Torrado. Si, encima, podían decirlos con acento gallego el éxito era seguro. Isabelita Garcés —en graciosa— y María Fernanda Ladrón de Guevara —en elegante— estaban de moda. "Chiruca" y "La madre guapa" barrieron las taquillas de los teatros. También Tina Gascó y Fernando Granada con "Rumbo". Y José Alfayate y Rafaela Rodríguez con "Manda a tu madre a Sevilla" y "Los 4 ases" con "...Y amargaba". Y —en sus dos olimpos inalcanzables— Rafael Rivelles y Jacinto Benavente. Faltaban algunos años para que Joaquín Calvo Sotelo estrenara "La muralla". Y para que los actores se pusieran en pie para pedir en las asambleas su derecho al día de descanso y a la expresión corporal. Ahora

han mejorado mucho. Ya no se sientan como antes para hablar. Lo único un poquito incómodo es que no se les entiende cuando hablan.

Me hice actor para poder sentarme como se sentaban los intérpretes antiguos, para conquistar la Puerta del Sol, "El Gato Negro", "Las cancelas", "La India", "El café Gijón" y una chica que trabajaba en la compañía de Irene López Heredia. No lo conseguí. En cambio tuve que soportar "Cabalgata fin de semana", las retransmisiones de Matías Prats y los capítulos lacerantes de "Lo que nunca muere". Y es que la posguerra fue mucha posguerra. Algo tan decisivo en mi vida que a veces tengo la impresión de que no ha terminado, de que aún torea en Las Ventas Carlos Arruza, Concha Piquer canta "Tatuaje", Ramallets para golpes en Las Corts, Yvonne de Carlo estrena película en el Palacio de la Prensa, Agustín de Foxá escribe en ABC, Glenn Ford le zurra a Rita Hayworth, José Carioca es "el más simpático lorito del Brasil", Luis Miguel Dominguín se casa con Lucía Bosé. Irma Vila canta corridos mexicanos, el Padre Peyton organiza rosarios, Carosone le pone música a "Marcelino Pan y Vino", se abre Pasapoga en la Avenida de José Antonio, acaba de publicarse "La Codorniz" y Franco inaugura pantanos para el No-Do.

A lo mejor son manías pero como todo continúa siendo tan aburrido tengo la impresión de que seguimos —o de que sigo yo— en la posguerra. De lo que si estoy seguro es de que la guerra terminó. Lo sé porque a mi abuelo —ese que cuando los bombarderos prefería quedarse en casa— lo descubrimos muertos entre los dos colchones víctima de una sobredosis de "okal, okal, el lenitivo del dolor".

Y también porque en el sitio donde estaba el refugio hay ahora la terraza de un café. ■
A. M.

Una escena de:

"Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?"

de Adolfo Marsillach

CHICA.—Y mientras mi marido en su juventud tenía una historia lamentable con Maruja, la cabaretera, yo iba en trolebús a la Universidad. *(Cambio de luces. Sonido de trolebús. La CHICA mima que va sentada en uno de ellos. Continúa hablando.)* El 23. Y un libro. *(Saca un libro y finge que lee.)* Siempre el 23 y siempre un libro. En parte porque me gustaba leer y en parte también para disimular. Me daba vergüenza. Todo me daba vergüenza y cuando el catedrático me preguntaba: «A ver, señorita, a ver qué sabe usted del despotismo ilustrado», me entraba como un ataque y no sabía si el lema era «todo con el pueblo, pero sin el pueblo» o «nada para el pueblo, pero con el pueblo». Luego me enteré de que venía a ser lo mismo.

(Un chico joven —el HOMBRE de siempre porque lamentablemente no disponemos de otro actor— sube al tranvía.)

HOMBRE.—¿Está libre este asiento?

CHICA.—Pues... no sé...

HOMBRE.—¿Cómo no sabes?

CHICA.—Es que...

HOMBRE.—¿Está libre o no?

CHICA.—Sí... sí lo está.

HOMBRE.—Gracias.

(Se sienta a su lado. La CHICA explica al público.)

CHICA.—No es que fuera tímida, es que era tonta del culo, lo cual no es exactamente lo mismo.

HOMBRE.—¿Qué lees?

CHICA.—Nada.

HOMBRE.—¿Nada?

CHICA.—Es una novela que se llama así... «Nada».

HOMBRE.—*(Riéndose de una forma absolutamente idiota.)* Vaya un título.

CHICA.—La ha escrito una mujer. Hace tiempo.

HOMBRE.—¿Una mujer? ¡Qué curioso!

CHICA.—Carmen Laforet. Primer premio Nadal.

HOMBRE.—Carmen... ¿qué?

CHICA.—Laforet. La-fo-ret.

HOMBRE.—No conozco. *(Y se*



Conchita Velasco y Adolfo Marsillach en una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA, ¿Y USTED?".

tira de risa sin el menor motivo.)

CHICA.—(Al público.) Yo podía ser tonta del culo, pero él, desde luego, era retrasado mental. De manera que nos hicimos novios.

HOMBRE.—¿Qué estudias?

CHICA.—Filosofía y Letras.

HOMBRE.—Eso no sirve de nada.

CHICA.—Lo mismo dice mi padre. El quería que estudiase corte y confección, inglés, francés y piano.

HOMBRE.—Lógico.

CHICA.—Pero yo que no, que tenía que ser Filosofía y Letras. Mi padre me encerró en casa y a mí de resultas me entraron unos mareos espantosos y me pasaba el día vomitando; por culpa de los nervios, no voy a pensar otra cosa.

HOMBRE.—Ya, ya.

CHICA.—Es que él si lo pensó y antes de que me quedara embarazada en serio y además siguiera poniendo perdida la moqueta, me dejó que me matriculara en la Facultad.

HOMBRE.—Pues has hecho fatal porque lo del corte y confección, inglés, francés y piano estaba un rato bien.

CHICA.—Puede ser, pero a mí es que me apetecía enterarme de lo del despotismo ilustrado.

HOMBRE.—Lo del... ¿qué?

CHICA.—Olvidalo.

HOMBRE.—Pues yo estudio Económicas. Ahí si que hay un porvenir.

CHICA.—¿Tú crees?

HOMBRE.—Lo que yo te diga. Ya verás cuando en este país empiecen los planes de desarrollo.

CHICA.—Oye, por casualidad, ¿tú te llamas López Rodó?

HOMBRE.—No, que yo sepa. *Le da otro ataque de risa que por poco se cae del asiento. Después se queda bruscamente serio.* Perdona, pero es que yo a mí me hago mucha gracia.

CHICA.—Ya veo.

HOMBRE.—Te contaba que o



acabo de ministro o de Presidente del Banco de España. *(De repente mira por la «ventanilla». Comprueba a que altura del trayecto están.)* Discúlpeme, pero...

CHICA.—Tú te bajas en la próxima, ¿no?

HOMBRE.—Sí, ¿cómo lo sabes? *(Efectivamente. El trolebús para y el HOMBRE se apea.)* Adiós.

CHICA.—Hasta la vista. *(El tranvía vuelve a ponerse en marcha. La CHICA sigue explicando a los espectadores.)* No acabó de ministro ni en el Banco de España. Terminó en la cárcel. Pero, claro, ésta es otra historia. *(Cesa el sonido del trolebús. La CHICA continúa hablando.)* Ibamos a meternos mano en unos mesones a propósito que había allá por la Cava Baja. Como además, él, mi novio, ese imbécil que acaban ustedes de ver, tenía un padre con coche de importación, pues alguna vez se lo pedía prestado y me llevaba a la carretera de Burgos a hacer manitas. Bueno,

ustedes me entienden. Lo de «hacer manitas» es una manera de hablar porque allí, excepto manitas, hacíamos de todo. Menos «lo irreparable» como decían en los seriales de Sautier Casaseca. Eso no. Primero porque aquello estaba lleno de ortigas y resultaba de lo más incómodo, y segundo, porque mi madre me había dicho que me fuera con mucho ojo porque como volviera a tener mareos y esta vez no tuviera la culpa la neurosis, me iba a meter en Coros y Danzas, hasta que cambiara el Régimen. Así que cualquiera. *(Empieza a oírse bajito «Only you». La CHICA deja la narración para escuchar con cierta nostalgia irónica. Luego continúa hablando.)* ¡Ah, sí! Los Platters... Nat King Cole... Pepino di Capri... Manolo y Ramón. El dúo Dinámico... Esa curiosa mezcla del primer gin-fizz, la braguita negra, Lola Flores, Ben-Hur, Juana la Loca y la canción del Cola-Cao. *(Sube la*

Una escena de
"YO ME BAJO EN LA PROXIMA,
¿Y USTED?".



música. Después baja para que la CHICA pueda seguir.) Un día, en el segundo curso de la Faultad, al salir de clase, vi a unos policías, pegando a un chico. Y sin saber por qué empecé a gritar insultándoles. Me vi rodeada de un grupo de estudiantes. Estábamos furiosos... exaltados... De repente, la policía cargó contra nosotros. Corrí como creo que no he vuelto a correr en mi vida. Al subir por una travesía de San Bernardo, tropecé y estuve a punto de caerme. Alguien —un estudiante— me tomó del brazo y me metió en un portal. Un viejecito vendía libros de segunda mano. Cuando la policía pasó sin vernos, el muchacho me dio un beso pequeño y me regaló un libro: «El segundo sexo» de Simone de Beavoir. Aquel libro y aquel beso cambiaron mi vida. Envié a mi novio y a los Platters a hacer puñetas.

(Entra el hombre.)

HOMBRE.—(Al público.) No la hagan caso. Le gusta presu-

mir de intelectual, de comprometida, de tía cojonuda. Nada.

Palabras. Unas cuantas frases mal dirigidas dichas sin convicción.

CHICA.—Yo estuve en el primer Sindicato Libre de Estudiantes que hubo en la Universidad.

HOMBRE.—Sí, claro, y yo en la batalla del Ebro.

CHICA.—Tú no has estado en ningún sitio porque eres un miedica.

HOMBRE.—Sin insultar, eh, sin insultar.

CHICA.—Además firmé varios documentos pidiendo la libertad de los presos políticos y una vez di mil pesetas para Comisiones.

HOMBRE.—Falsas. Diste mil pesetas en un billete falso que fabricaba ese novio que tenías y que por eso acabó en la cárcel.

CHICA.—Eres un...

HOMBRE.—No hables mal. Es una costumbre feísima.

CHICA.—En el año 74 asistí a una reunión secreta de la Junta Democrática.

HOMBRE.—Mentira. En el año 74 ya estabas separada de mí y adonde asistías era a los pases de modelos de Pertegaz.

CHICA.—Eres un pedazo de...

HOMBRE.—Te he dicho que no seas mal hablada. No me gusta.

CHICA.—Yo nunca hablo mal, lo que pasa...

HOMBRE.—Siempre, siempre habías mal. En cuanto se te da la más mínima oportunidad. Te crees que hace más moderno.

CHICA.—Es mejor presumir de moderna que ser tan antiguo como tú.

HOMBRE.—Ah, ¿sí?

CHICA.—Sí. ¿O es que no te acuerdas de como nos conocimos?

HOMBRE.—Claro que me acuerdo. Las catástrofes no se olvidan fácilmente.

CHICA.—Un amigo te había dado una llave.

HOMBRE.—La de su estudio.

CHICA.—Para que te acostaras conmigo.

HOMBRE.—No, para que me acostara contigo, no. Entre otras razones porque no te conocía.

CHICA.—Entonces...

HOMBRE.—Mi amigo —que era lo que ahora se llama un pragmático— tenía la teoría de que para ligar a una chica lo único que se necesita es tiempo.

CHICA.—Falso.

HOMBRE.—Será falso, pero a él le daba unos resultados fastuosos. Explicaba científicamente que no había más que acercarse a la primera chica que se encontrara uno en el metro y decirle con voz insinuante: «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?». Normalmente no contestan, pero la que contesta... ¡al estudio!

CHICA.—Conmigo no funcionó.

HOMBRE.—Sí, contigo también funcionó. De otra manera, pero funcionó.